

## El tanatólogo (Por Emmanuelle)

El doctor Ricardo Contreras llevaba más de treinta años prestando servicios en la morgue del hospital zonal de la ciudad de Los Cantos.

Una urbe bastante modernizada gracias a las distintas fábricas que allí se alojaban.

Su trabajo, aunque para algunos podría llegar a ser vomitivo, era realizar las autopsias de los cuerpos que llegaban a dicho hospital, en su mayoría, debido a accidentes de tránsito, el principal motivo de muerte en ese lugar.

Cuando le llegó su merecida jubilación, una parte de él realmente lamentó tener que dejar su puesto de trabajo, pero a sus sesenta y cinco años, su mano y su pulso ya no eran los de antes.

Y como no sabía hacer otra cosa, cuando se jubiló, como es típico, se puso una funeraria, es decir, una empresa dedicada a comercializar con la muerte, asunto con el que Ricardo estaba bastante familiarizado.

Le puso "Praxis, servicios de sepelio", para darle un nombre prestigioso a su empresa.

Para ello contrató a cinco personas, porque era una empresa pequeña: dos hombre rudos, para cargar con los cajones, una cosmetóloga para maquillar los cadáveres, un contador para que le llevara los números y a una recepcionista, encargada de administrar la funeraria.

Él, antes médico forense, hizo un curso de tanatología, que es el oficio de preparar los cuerpos para el velatorio y su posterior inhumación, como así también preparar a los familiares para el duelo posterior que empieza con la muerte de un ser amado.

Su primer cliente fue un chico que falleció en un accidente de motos. El pobre chico no llevaba su casco puesto y dio con su cabeza contra el pavimento.

Hizo especial hincapié en tratar de que sus familiares no notaran lo deforme que le había quedado su cabeza, por lo que al recibir su cuerpo, lo primero que hizo fue quitarle las vendas, le rapó el poco cabello que le quedaba; por el agujero del cráneo, quitó los restos de la masa encefálica y cubrió el agujero con una placa de plástico, la cubrió con el cuero cabelludo, la cosió perfectamente y le puso un gorrito de lana de Los Ramones, banda preferida del difunto.

A la cosmetóloga le costó al principio maquillarlo porque estaba muy golpeado y tenía moretones por todos lados, la nariz rota y el malarr fracturado, pero Ricardo acomodó esas partes primero y digamos que el cadáver del chico quedó presentable.

Le ordenó ponerle un polvo facial especial, que lo hiciera ver un poco más rosado, debido a su palidez pos mortem, y lo vistió con un clásico atuendo que pertenecía al finado: unos pantalones de jean negros y una remera de Los Ramones.

Si no hubiera sabido que estaba muerto, hubiera pensado que estaba más vivo que cualquiera.

Desde allí su fama, la funeraria poco a poco fue ganando adeptos, debido a su especial trato y cuidado con los cuerpos de la gente.

Tanto es así, que, paradójicamente, la muerte le dio vida a su emprendimiento.

Con el tiempo, las obras sociales hicieron un arreglo económico con sus afiliados y pronto la funeraria integró la lista de servicios de cualquier obra social.

Si bien es un servicio poco requerido de manera conciente por los trabajadores, es imprescindible su presencia a la hora de partir hacia mejor vida.

En sólo cinco años, Praxis era la funeraria más requerida por la gente que perdía a un familiar, tanto que tuvieron que agrandarse y mudarse a un edificio más grande porque a veces no daban abasto con tantos muertos.

Hubo veces que incluso los apilaban encima de las mesas de lata típicas de cualquier morgue, mientras esperaban su turno para ser preparados para su velatorio.

En el otro edificio tenían diez nichos de frío, que se utilizan para mantener frescos a los muertos, hasta tanto se los preparan para su velatorio.

En ese edificio, una vez trabajaba una señora entrada en años que hacía la limpieza de la sala de tanatología, es decir, limpiaba los restos de sangre o cualquier otro resto orgánico residual que pudiera provenir de los difuntos al ser preparados por Ricardo.

De ella pude saber una historia que me heló la sangre hasta el día de hoy.

La supe porque esa señora es mi actual ama de llaves de mi finca en las afueras de la ciudad.

Cuenta esta mujer que una vez el doctor Ricardo la llama de urgencia porque había llegado a la funeraria un hombre que había sido apuñalado por su esposa y su cuerpo presentaba unas setenta incrustaciones de un arma blanca.

Ya se había muerto hacía horas, pero de su cadáver aún emanaba un torrente interminable de sangre ya en estado de putrefacción.

Todas las heladeras estaban ocupadas y como había llegado de noche, los familiares del occiso habían decidido aguardar hasta el día siguiente para velarlo como corresponde.

Ricardo entonces decidió cortar por lo sano y le puso dos cánulas en el cuello en las carótidas y con una máquina especial, le sacó toda la sangre que aún le quedaba a este pobre hombre en su cuerpo.

La desgracia fue que la máquina colapsó debido a que la sangre ya estaba en cierto modo coagulada y tapó las cánulas hasta que se reventaron y se desparramó la sangre por todo el salón.

Ana concurreó sin dudarlo, ya estaba acostumbrada a ese trabajo, pero nunca había sido preparada para lo que presenció aquella noche:

Esa noche llegó por la puerta de atrás y le sorprendió no ver al doctor por ningún lado; ella pensó que seguramente había terminado de trabajar con ese hombre en cuestión y se había marchado a su domicilio.

Ella acostumbraba a trabajar sola, pero siempre con alguien en algún lugar de la oficina.

En la sala de preparación había dos camillas de lata, ambas con dos cuerpos cubiertos, que ella por supuesto no destapó nunca.

Imaginó que uno era el hombre apuñalado y el otro, alguien más.

Para amortizar la desagradable situación, ella escuchaba un poco de música, lo suficientemente alta como para no escuchar ningún otro sonido que sea perturbador, como la mesada de metal para lavar los instrumentos, que tiende a dilatarse producto del no uso del agua caliente.

Ella limpió toda la sangre que estaba desparramada por el piso y por los azulejos cuando de repente comenzó a oír unos extraños ruidos provenientes de un metal desconocido.

No le hizo mucho caso, hasta que ese sonido se tornó demasiado fuerte como para ignorarlo.

No tardó en darse cuenta que provenía de una de los nichos de frío.

Su carácter hizo que eso tampoco la mellara, por lo que a duras penas, continuó con su labor de limpieza.

En un momento comenzó a oír un golpeteo constante, como si alguien en su interior estuviera queriendo salir de allí adentro.

Ella cuenta que en ese instante, dejó todo y se asustó tanto que salió de allí despavorida.

Ella sabía que todos en esas cámaras estaban muertos, pero algo en su interior le dijo que lo que ella escuchaba era absolutamente real.

Llamó de inmediato al sereno, que se encontraba en una pequeña oficina del otro lado de la funeraria, cerca de donde se almacenaban los féretros.

Este hombre, de mala gana vino a verificar que lo que escuchaba Ana no era producto de su imaginación.

Cuando entraron a la sala, ya no se oía demasiado, pero después de unos instantes, otra vez un extraño golpeteo de dentro de una de las heladeras.

Ambos salieron corriendo de allí como si se los llevara el diablo.

Al entrar a la pequeña oficina notaron que estaba todo un poco revuelto, pero pensaron que a lo mejor el doctor había estado ordenando antes de irse

Llamaron a la casa de Ricardo, pero su mujer les dijo que éste aún no había regresado.

Le dejaron dicho a su mujer que ni bien llegara le avisara que se fuera urgente a la funeraria y para no asustar a la pobre mujer, argumentaron que habían recibido a un cuerpo que requería de su atención inmediata.

Ambos fueron reticentes a volver a entrar a la sala de preparación, pero juntaron todo el coraje posible, mientras sus corazones les latían a mil por hora. Ana estaba pálida como una roca y Salvador el sereno, estaba muerto de miedo (en forma literal).

Una vez que estuvieron adentro, unos terribles gemidos se hicieron perfectamente audibles desde el interior de la cámara.

De repente alcanzaron a oír la palabra “ayuda”, medio como en susurros.

Un muerto les estaba hablando desde su fría tumba de hielo, pero enseguida un resto de raciocinio los hizo dar cuenta que ningún muerto puede hablar, que quién estaba haciendo ese sonido era alguien que estaba vivo y coleando.

De un solo tirón abrieron la cámara en cuestión y para su sorpresa allí adentro vieron al doctor Contreras, medio muerto de frío y casi sin habla.

Ambos se desmayaron.

Cuando recobraron la conciencia, los estaban atendiendo en la sala de velatorios, mientras la policía sacaba fotos del lugar y trataba de descubrir alguna que otra huella digital.

Los paramédicos le contaron a Ana, que el sereno se había muerto de un susto cuando abrió el nicho y vio a Ricardo adentro, su corazón no pudo resistir semejante impresión.

El doctor había sido derivado con vida al nosocomio local, y le dijeron además que no sabían cómo había logrado sobrevivir allí adentro por al menos dos horas.

Ana se fue a su casa y juró nunca más trabajar en la funeraria.

Al tiempo, ellos se encontraron para recordar este episodio y Ricardo le cuenta que unos tipos entraron a la funeraria por la parte de atrás y que cuando lo vieron, lo golpearon y cuando se despertó, se vio adentro de la cámara y se asustó, pero intentó conservar la calma, esperando que ella viniera, para pedirle ayuda.

Claro que no tuvo en cuenta que cualquier ser humano se moriría del susto al siquiera pensar que dentro de un lugar dedicado a almacenar cuerpos sin vida, alguien pudiera hablarle desde el inframundo.

Cuando se quiso dar cuenta, ya estaba sintiendo los síntomas de la hipotermia y su cuerpo ya no le respondía, por lo que atinó a golpear la bandeja de metal en la que estaba acostado.

Él le hizo saber que entre que los ladrones lo pusieran allí adentro y la llegada de Ana, no habían pasado ni treinta minutos.

El frío le permitió utilizar una mínima cantidad de oxígeno y el dióxido de carbono era permanentemente absorbido por el funcionamiento de la cámara, por lo que eso le dio algunos minutos extras.

Aún no se explica cómo salió de allí con vida, ya que se supone que debió morirse congelado en menos de una hora.

Quien hubiera imaginado que el señor “muerte” acabaría sus días inserto dentro de una cámara destinada a la conservación de cadáveres?

Pero el destino quiso una mejor muerte para Ricardo, lejos del mundanal ruido de las heladeras y sobre todo lejos de todo lo concerniente a féretros, ataúdes y demás misceláneas.

El doctor falleció meses después, debido a una severa intoxicación con un embutido de salchichón primavera en mal estado, que le produjo una seria enfermedad digestiva, que no tuvo piedad alguna con su pobre humanidad. Todos dicen que debió aprender la lección. Pero el doctor era bastante testarudo y continuó ingiriendo todo tipo de fiambres, a pesar que lo hacía con la prohibición de su médico de cabecera.

El pobre no quiso un funeral, sólo pidió ser cremado enseguida de ser declarado muerto clínicamente, supongo que debido al temor de hallarse otra vez encerrado en un pequeño habitáculo, esta vez de madera de roble y tapa de zinc.

Los que aún trabajan allí adentro, aseguran, que algunas noches todavía es posible oír el ruido de latón y pequeños gemidos provenientes de las cámaras frigoríficas de la funeraria.

Incluso hay quienes lo ven por el rabillo del ojo, practicando autopsias en su amado hospital y además hay quienes dicen que se aparece vestido con su clásico guardapolvo blanco y su bisturí de aluminio entre sus manos.

Una historia para asustar a cualquiera ¿NO?

FIN